Sede Apostólica
Santo Padre
Juan Pablo II

Discurso

Encuentro de Año Nuevo
con el Cuerpo Diplomático
acreditado ante la Santa Sede 2004

Encuentro de Año Nuevo con el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede 2004

12 de enero de 2004

Excelencias, señoras y señores:

Siempre es para mí un placer, al inicio de un nuevo año, encontrarme entre vosotros para *el tradicional intercambio de felicitaciones*. Agradezco sinceramente las palabras de felicitación que amablemente me ha dirigido en vuestro nombre su excelencia el señor embajador Giovanni Galassi. Os doy de corazón las gracias por vuestros nobles sentimientos, así como por el benévolo interés con que seguís diariamente la actividad de la Sede apostólica. A través de vuestras personas, me siento cercano a los pueblos que representáis. Asegurad a todos la oración y el afecto del Papa, que los invita a unir sus talentos y sus recursos para construir juntos un futuro de paz y de prosperidad compartida.

Este encuentro es también para mí un momento privilegiado, que me brinda la ocasión de echar,

internacional pueden llevar a un inicio de solución. La paz auténtica y duradera no puede reducirse a un simple equilibrio entre las fuerzas contrapuestas; es, sobre todo, fruto de una acción moral y jurídica.

Podrían mencionarse *otras tensiones y conflictos*, sobre todo en África. Sus consecuencias sobre las poblaciones son dramáticas. A los efectos de la violencia se añaden el empobrecimiento y el deterioro del entramado institucional, que llevan a pueblos enteros a la desesperación. Es preciso recordar también el peligro que siguen representando la producción y el comercio de armas, que alimentan abundantemente estas zonas de riesgo.

Esta mañana quisiera rendir un homenaje muy particular a monseñor Michael Courtney, nuncio apostólico en Burundi, asesinado recientemente. Como todos los nuncios y todos los diplomáticos, quiso ante todo servir a la causa de la paz y del diálogo. Deseo destacar su valentía y su compromiso para sostener al pueblo burundés en su camino hacia la paz y hacia una fraternidad mayor, cumpliendo así su ministerio episcopal y su misión diplomática. Asimismo, quiero recordar al señor Sergio Vieira de Mello, representante especial de la ONU en Irak, asesinado en un atentado durante su misión. Y deseo recordar a todos los miembros del Cuerpo Diplomático que, en el transcurso de los últimos años, han perdido la vida o han tenido que sufrir por causa del mandato recibido.

No puedo por menos de mencionar el terrorismo internacional que, al sembrar el miedo, el odio y el fanatismo, deshonra todas las causas que pretende servir. Me contentaré simplemente con decir que toda civilización digna de este nombre implica *el rechazo categórico de las relaciones de violencia*. Precisamente por esto —y lo digo ante una asamblea de diplomáticos— nunca podremos resignarnos a aceptar pasivamente que la violencia tenga como rehén a la paz.

Hoy es más urgente que nunca lograr una seguridad colectiva más efectiva, que dé a la Organización de las Naciones Unidas el puesto y el papel que le corresponden. Es más necesario que nunca aprender a sacar las lecciones del pasado lejano y reciente. En cualquier caso, una cosa es cierta: la guerra no resuelve los conflictos entre los pueblos.

2. La fe, una fuerza para construir la paz

las actividades del culto, espirituales, culturales y caritativas de las comunidades de creyentes. En una sociedad pluralista, la laicidad es un lugar de comunicación entre las diversas tradiciones espirituales y la nación. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado, por el contrario, pueden y deben llevar a un diálogo respetuoso, portador de experiencias y valores fecundos para el futuro de una nación. *Un sano diálogo entre el Estado y las Iglesias* —que no son adversarios sino interlocutores— puede, sin duda, favorecer el desarrollo integral de la persona humana y la armonía de la sociedad.

La dificultad para aceptar el hecho religioso en el espacio público se ha manifestado de modo emblemático con ocasión del *reciente debate sobre las raíces cristianas de Europa*. Algunos han releído la historia a través del prisma de ideologías reductoras, olvidando lo que el cristianismo ha aportado a la cultura y a las instituciones del continente: la dignidad de la persona humana, la libertad, el sentido de la universalidad, la escuela y la universidad, y las obras de solidaridad. Sin subestimar las demás tradiciones religiosas, es innegable que Europa se consolidó al mismo tiempo que era evangelizada. Y, con toda justicia, es preciso recordar que, hace muy poco tiempo, los cristianos, promoviendo la libertad y los derechos del hombre, han contribuido a la transformación pacífica de regímenes autoritarios, así como a la restauración de la democracia en la Europa central y oriental.

4. El compromiso ecuménico

Como cristianos, todos juntos, somos responsables de la paz y de la unidad de la familia humana. Como sabéis, el compromiso ecuménico es uno de los puntos de especial atención de mi pontificado. En efecto, estoy convencido de que si los cristianos lograran superar sus divisiones, el mundo sería más solidario. Por esto, siempre he favorecido los encuentros y las declaraciones comunes, viendo en cada uno de ellos un ejemplo y un estímulo con vistas a la unidad de la familia humana.

Como cristianos, tenemos la responsabilidad del «*Evangelio de la paz*» (Ef 6,15). Todos juntos podemos contribuir de modo eficaz al respeto de la vida, a la defensa de la dignidad de la persona humana y de sus derechos inalienables, a la justicia social y a la conservación del medio ambiente. Además, la práctica de un estilo de vida evangélico hace que los cristianos puedan ayudar a sus compañeros en humanidad a superar sus instintos, a realizar gestos de comprensión y de perdón, y a socorrer juntos